



KIM FABER Y JANNI PEDERSEN

TIERRA DE INVIERNO

«Entretenida. Fascinante.
Un lectura trepidante desde la página uno.»

Krimisiden.dk

Un error fatal durante uno de sus servicios ha enviado al inspector de Homicidios de la Policía de Copenhague Martin Juncker a una estancia forzada en la pequeña ciudad de provincias de Sandsted. Junto con un aprendiz de policía y una joven agente de policía, se le encarga la tarea de afrontar los desafíos de un centro para menores refugiados cercano, al mismo tiempo que tiene que cuidar a su anciano padre demente, con el que siempre ha tenido una relación complicada.

Cuando un atentado terrorista con bomba golpea un mercado navideño en el centro de Copenhague y Juncker no puede participar en la investigación, se siente completamente fuera de combate. Su antigua compañera Signe Kristiansen, no. Ella comienza a buscar a los terroristas, mientras lucha con el temor de que su hermana esté entre los muertos. La investigación acaba en un callejón sin salida. Sin embargo, Signe recibe una información que lleva el caso a un punto que no había imaginado ni en sus fantasías más salvajes.

Mientras tanto, para gran asombro de Juncker, tiene que hacerse cargo de la investigación de un caso de asesinato: un hombre ha sido golpeado hasta la muerte y su esposa ha desaparecido. Parece un asalto violento común, pero cuando descubren que la víctima tenía conexiones con grupos neonazis, el caso adquiere una dimensión distinta.

Índice

Prólogo

23 DE DICIEMBRE

1

2

3

4

5

6

7

8

24 DE DICIEMBRE

9

10

25 DE DICIEMBRE

11

12

13

14

26 DE DICIEMBRE

15

27 DE DICIEMBRE

16

17

18

28 DE DICIEMBRE

19

20

29 DE DICIEMBRE

21

22

23

24

30 DE DICIEMBRE

25

26

31 DE DICIEMBRE

27

28

29

1 DE ENERO

30

31

32

33

34

35

36

37

38

2 DE ENERO

39

40

41

42

43

3 DE ENERO

44

45

46

47

48

49

50

4 DE ENERO

51

5 DE ENERO

52

6 DE ENERO

53

Agradecimientos

Para Nana, Ada, Laura y Jon

Prólogo

El viento de verano acaricia cálidamente su rostro. Camina por el césped con los pies descalzos y es liviana como una pluma. La hierba está húmeda por el rocío de la mañana, un mirlo canta en algún lugar del jardín y siente una alegría en el cuerpo como no había sentido desde tiempos lejanos.

«Soy yo —se dice a sí misma sin comprender completamente por qué. Luego sonrío y lo vuelve a decir porque suena bien—: Soy yo».

A lo lejos oye un sonido. Como de un martillo dando golpes contra una tabla. Mira a su alrededor. No hay nadie. Pero ahí está de nuevo. Más cerca. Se siente intranquila, nota cómo el sonido la atrapa y la levanta. Trata de resistirse, la imagen del jardín se va desintegrando, intenta asirla, pero no puede. En una lenta espiral ascendente, flota a través de las frías capas superiores entre el sueño y la realidad y se despierta de golpe.

Abre completamente los ojos y mira la oscuridad con el corazón palpitante. ¿Hay algo? Escucha. Aparte del suave susurro del viento, que sacude las ramas desnudas del árbol en el patio, hay un completo silencio.

Ahí está de nuevo. Tres golpes furiosos. Y de repente se da cuenta de lo que es. Alguien llama a la puerta.

Es un sonido extraño. Solo ha oído el timbre de la puerta unas pocas veces en los cuatro años que llevan viviendo

en la casa, porque normalmente no se ven con nadie. Antes tenían amigos, pero ya no. Vuelve la cabeza. Las cifras verdes de la radio indican 04:16.

«¿A quién se le ocurre aparecer a estas horas?», piensa. ¿La policía? Durante un tiempo lo estuvieron vigilando, por lo que ella sabe, pero no en los últimos años. Entonces ¿quién será? ¿Ladrones?

Pero ¿iban a llamar los ladrones?

Extiende el brazo y sacude a su marido, que está de espaldas durmiendo profundamente, por lo que aprecia en los ronquidos de su respiración. Ella lo vuelve a sacudir, más fuerte.

—¿Qué? —murmura él adormilado.

—Alguien está llamando a la puerta. Despierta, maldita sea —dice, incapaz de ocultar su irritación.

Se da la vuelta con esfuerzo, levanta la mitad de su corchón y se apoya sobre los codos.

—¿Llamando? Pero ¿qué dices?

Apenas ha llegado a despertar y las palabras se le embarran en la boca, pero ella también nota cierta inquietud en su voz, tal vez incluso miedo. Mueve la cabeza nerviosa. ¿Qué está ocurriendo?

—Están llamando a la puerta. Ve a abrir. —Su voz se quiebra.

Él suspira, balancea las piernas sobre el borde de la cama y se levanta. Se detiene un segundo y se tambalea ligeramente. Luego recupera el equilibrio y camina con pesados pasos hacia la entrada. Cierra la puerta detrás de él.

Lo oye girar la llave en la cerradura y agarrar el picaporte. Entonces la puerta se abre de golpe. Una voz dice algo, pero ella no puede distinguir las palabras. Su marido grita algo que tampoco entiende. Suena como si alguien lo sujetara, lo obligara a retroceder y con un estruendo sordo lo golpeará contra la pared. Él gime de dolor.

Por un segundo se queda paralizada. Luego siente que el pánico le comprime el diafragma. La casa está aislada en

la linde del bosque. La vecina más cercana, con la que nunca ha hablado, vive a varios cientos de metros. Y es una anciana: ¿qué podría hacer?

«¡Los perros! —piensa—. ¡Los perros!»

Abre el cajón de la mesita de noche y busca el spray de pimienta. Luego aparta el edredón, salta de la cama y abre suavemente la otra puerta del dormitorio, que conduce a la sala de estar. No hay nadie a la vista. Avanza tanteando, tan rápido y tan silenciosamente como su cuerpo de ciento tres kilos se lo permite, hacia la puerta del patio.

Baja el tirador de la puerta, casi sin un ruido, empuja para abrirla y sale corriendo al patio, hacia la perrera. Apenas nota el frío penetrante y los guijarros helados que cortan las plantas de sus pies desnudos.

Los dos grandes y musculosos perros salen corriendo de su caseta y comienzan a ladrar como posesos al verla. Siempre han sido los perros de su marido y solo suyos, y ella les tiene miedo. Pero ahora hay que soltarlos. Ahora los perros tienen que salvarlos a ambos. El frío ha helado la cerradura, el metal parece un cuchillo afilado contra sus dedos tibios del sueño mientras, con manos temblorosas, tantea intentando abrir, sin llegar a soltar el spray de pimienta. Los perros saltan expectantes contra la portezuela, mientras gruñen y grandes pegotes de espuma blanca cuelgan de sus belfos. Tira de la puerta y se hace a un lado para dejar salir a los animales. Siente un alivio que la recorre.

Pero antes de poder abrirla por completo, alguien la agarra.

Grita. Siente como si le hubieran sujetado los brazos con dos abrazaderas. Antes de tener tiempo de darse cuenta del dolor de los dedos que le perforan la carne, se ve aplastada contra la trampilla. El alambre de acero le corta la frente y las mejillas; los perros al otro lado del vallado saltan hacia su cuerpo y gruñen como locos. Ella puede sentir el dulzón aliento carnívoro en las nubes de su respira-

ción, mientras bailan sobre sus patas traseras y se lanzan furiosamente hacia la puerta y con sus garras le arañan la cara y le desgarran la tela del camisón. El hombre aplasta su cuerpo contra el de ella y empuja para que los perros no se escapen. Tiene que hacer un gran esfuerzo, porque son fuertes y son dos. Ella siente que el aire abandona sus pulmones y jadea intentando respirar. Le arde la cara y el pecho, y gime impotente al ver con el rabillo del ojo que él vuelve a cerrar el pestillo con una mano mientras con la otra la sujeta, como si fuera una muñeca de trapo. Luego la separa de la puerta y la arroja al suelo con un violento empujón. Se golpea la sien contra los azulejos helados y pierde el conocimiento durante unos segundos.

Cuando vuelve en sí, le han dado la vuelta y yace boca abajo. «El gas pimienta», piensa, buscándolo a tientas por el suelo con desesperación. Encuentra el resbaladizo aerosol, pero un pie le pisa el brazo y tiene que gemir de dolor cuando aprieta. Luego siente que la sujeta con firmeza de las muñecas y la levanta. Lucha desesperadamente por encontrar un punto de apoyo para no colgar con todo su peso de los brazos y hombros torcidos, pero aun así se extiende un dolor sordo por todas sus articulaciones.

Está todavía mareada. Las marcas de arañazos le quedan en la cara. El hombre la empuja hacia la puerta del patio y el salón. Ve a su esposo sentado en una silla junto a la mesa del comedor. Otra figura está a unos metros de distancia, apuntándole con una pistola.

¿Qué quieren? Intenta calmarse. Tal vez sea un robo sin más. Quizá solo quieren dinero. Joyas, televisores y ordenadores.

La obligan a tumbarse boca abajo. El que la ha apresado se acerca a una bolsa que está junto a la puerta de la entrada. Ella gira la cabeza con dificultad y lo sigue con la mirada. Antes lo ha sentido y ahora lo ve: es enorme.

Saca algo de su bolso y regresa con un rollo de cinta en la mano. Arrodillándose junto a ella e inmovilizándole los

brazos, se los junta a la espalda y los sujeta con cinta adhesiva. Luego, hace lo mismo con los tobillos. Después la coge por los pies y la arrastra por la alfombra hasta un extremo de la sala como si fuera un saco de patatas medio lleno.

Todo su cuerpo tiembla por la conmoción, por el frío, el miedo y la incertidumbre sobre lo que está sucediendo. Las lágrimas le recorren las mejillas, las heridas causadas por las garras de los perros le arden. El hombre recoge el rollo de cinta del suelo, se acerca a ella, corta un nuevo trozo de cinta y se inclina sobre su cabeza. Comprende lo que él va a hacer y su corazón se acelera.

—No —suplica—. Tengo las fosas nasales taponadas, no puedo respirar. Me marearé. Yo... no lo haga...

Él la mira inexpresivo. Luego, con calma, le coloca el trozo de cinta adhesiva sobre la boca y después arranca un trozo más largo, lo sujeta sobre el primero y le da un par de vueltas alrededor de la cabeza.

Ella lucha por no entrar en pánico. Si no logra controlar su respiración, morirá en poco tiempo. Una de sus fosas nasales está completamente taponada, a través de la otra aspira tanto aire como puede. Sus ojos se están acostumbrando a la oscuridad. El hombre de la pistola se ha sentado en el sofá. El grandullón ha comenzado a sujetar con cinta adhesiva a su marido a la silla. Sus ojos están bien abiertos y brillan como reflectores en la oscuridad.

—¿Qué hemos hecho? —se queja él.

—¿Hemos? —La voz es oscura y bien modulada—. No hemos hecho nada. Tú has hecho algo. ¿No es cierto?

—Voy a... entonces voy a... —Su marido comienza a llorar.

Se da cuenta de que el pánico vuelve a apoderarse de ella, la mucosa de la fosa nasal que no está taponada, comienza a hincharse y aspira desesperadamente. Oye los ladridos de los perros, pero no tan salvajemente como hace un rato.

—¿Si vas a qué? ¿A morir? —Da unos pasos atrás y mira su trabajo—. ¿Tú qué crees?

El otro hombre se ha levantado del sofá y saca algo. ¿Una especie de palo? El grande lo coge. Lo sopesa en sus manos. Su marido tose y gime de forma asmática y la angustia va creciendo en el estómago de su mujer.

—¿Y mi esposa?

El grande se dirige hacia ella. Está tan cerca que no puede ver su rostro, sino solo la parte inferior de sus piernas, y no se atreve a volver la cara hacia arriba. El hombre se apoya en lo que ahora puede ver que no es un palo, sino un tubo de hierro. En la oscuridad, el hierro es negro, excepto por cinco pequeñas rayas paralelas brillantes que parecen las marcas de una sierra de arco, en la parte inferior del tubo, justo frente a sus ojos. Como las muescas en la culata de un rifle de francotirador.

—Ella no ha... no ha hecho nada —balbucea su marido—. ¿No?

El hombretón se queda completamente quieto. Una eternidad, piensa ella. Está tan aterrorizada que ya no puede controlar su vejiga y siente que la orina caliente le corre por el muslo y las nalgas.

El hombre se da la vuelta y regresa a la mesa. Mira el tubo de hierro y pasa la mano por encima.

—No es solo una cuestión de lo que se ha hecho, sino también de lo que uno es. Lo que es.

Golpea el tubo varias veces en la palma de su mano, sopesándolo. Luego se detiene detrás de su esposo, que trata desesperadamente de girar la cabeza para ver qué pasa a sus espaldas, pero no puede, su torso está pegado al respaldo y solo puede girar la cabeza noventa grados. Se rinde y vuelve a dirigirle a su esposa una mirada que encierra todo el dolor y el arrepentimiento del mundo.

—Lo siento —murmura con voz ronca.

Ella no entendía antes lo que quería decir el hombretón de la tubería de hierro. Y todavía no lo entiende. Durante

unos segundos, es como si todo a su alrededor se detuviera. Los únicos sonidos son la respiración de su marido y el viento que sacude los árboles del jardín.

El jardín. Todavía puede sentir la sensación de la hierba mojada bajo sus pies. La sensación de verano y alegría. «Esto es solo una pesadilla —piensa—. Te vas a despertar en un momento».

Pero entonces el grandullón empuña el tubo de hierro con ambas manos, como si fuera una espada samurái, y siente como si un viento helado barrierá sus esperanzas, de repente sabe que no es una pesadilla, sino la realidad, y que ambos van a morir.

Grita, pero el grito se queda en su boca, pegado a la cinta. El hombre separa las piernas, flexiona ligeramente las rodillas. Mueve un par de veces la tubería de un lado a otro para asegurarse de no golpear el techo. Entonces ella ve cómo apunta con cuidado, respira hondo, tensa los músculos de su poderoso torso.

Y golpea.

Desesperada, echa la cabeza hacia un lado para evitar la visión. Cierra los ojos con fuerza. Pero no puede evitar que el sonido a la vez crujiente y húmedo de un cráneo al romperse, como una sandía demasiado madura, penetre en su cerebro.

23 DE DICIEMBRE

1

Los primeros doce tonos de *Smoke on the Water* llegan sin esfuerzo a través del barullo de la multitud. Niels Kristiansen se pone rígido y mira a su esposa, Signe, con una mirada que brilla con desaprobación reprimida. Ella elige ignorar el *riff* de rock más famoso del mundo y el teléfono en el bolsillo de su abrigo. Después de diez segundos, Deep Purple se desvanece, ella da un suspiro de alivio e, indiferente, sonríe a su esposo.

La pareja y sus dos hijos, Lasse, de once años, y Anne, de trece, están en Ikea. Un comercio con el que Signe Kristiansen, por decirlo suavemente, tiene dificultades.

No son los muebles, ni los útiles de cocina. Tampoco los marcos de los interruptores, las persianas y las cajas de almacenaje... todo eso no le causa ningún problema, y en realidad el diseño le es igual. Para ella, una silla en la que te puedas sentar razonablemente bien y que sea asequible es una buena silla.

Hay otras cosas que hacen que su malestar se avive. Entre ellas, que no es capaz de orientarse. Que independientemente de lo que busque, casi siempre termina en el departamento de las yucas y las velas aromáticas.

Pero, sobre todo, es todo el claustrofóbico alboroto lo que no aguanta. La inimaginable multitud de personas que avanza con el mismo paso reticente que llevan los cerdos de engorde cuando se dirigen hacia la pistola de perno. Y las cajas, en las que invariablemente termina en la misma cola que la pareja del noroeste con todas sus zonas visibles